

UNAMUNO Y «EL CORREO» DE VALENCIA

Unamuno and «El Correo» (Valencia)

Manuel M.^a URRUTIA LEÓN

Universidad de Deusto. Facultad de Ciencias Políticas y Sociología.

Fecha de aceptación definitiva: junio de 1999

RESUMEN: Presentación de la colaboración *desconocida* de Don Miguel (15 artículos y 1 carta), en «El Correo» de Valencia. Artículos que nos pueden ayudar a conocer un poco mejor un periodo de transición (1899-1900), aún poco estudiado, en la obra de Unamuno.

Palabras clave: Periodismo, Valencia, Artículos desconocidos.

ABSTRACT: This work presents the Don Miguel *unknow* collaboration (15 articles and 1 letter) for the Valencia journal «El Correo». This articles can help us to know a little better that time of transition (1899-1900), not very studied yet, in the Unamuno's work.

Key words: Journalism, Valencia, Unknown articles.

1. INTRODUCCIÓN

Continuando con la tarea, ¿interminable?, de ir dando a conocer la multitud de artículos aún *no recogidos* de Unamuno, presento, en esta ocasión, 16 nuevos textos (15 artículos y 1 carta) publicados en un periódico valenciano.¹

1. Que vienen a añadirse a los siguientes: «Unamuno y la revista francesa «Monde» (1928-1934)», *Estudios de Deusto*, julio-diciembre 1996, pp. 153-174; «Miguel de Unamuno en Hendaya. Los artículos de AUGUSTO PÉREZ», *Letras de Deusto*, octubre-diciembre 1997, pp. 195-203; «Unamuno y la revista barcelonesa *La Ilustración Obrera* (1904-1906)», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, Salamanca, vol. 32, 1997, pp. 329-349; «Miguel de Unamuno colaborador de la revista *Hispania* de Londres (1912-1915)», *Letras de Deusto*, julio-setiembre 1998, pp. 251-291; «Un documento excepcional: el *manifiesto* de Unamuno a finales de octubre-principios de noviembre de 1936», *Revista de Hispanismo Filosófico*, Madrid, nº 3, 1998, pp. 95-101.

Pertencen a un momento importante (finales de 1899 y 1900), de *transición*, en el pensamiento de Unamuno, del que todavía nos queda mucho por conocer (véase, por ejemplo, *Nación y patria*, del 16 de junio de 1900, que se basta para desmentir la visión simplista, muy extendida, de un Unamuno radicalmente apartado del socialismo económico-científico desde 1897; cuando las cosas son bien diferentes, y está tratando de conjugarlo con los valores de un cristianismo «redescubierto»).

La colaboración de Unamuno en *El Correo* se inició con ocasión de un curioso incidente, del que ya nos habló Emilio Salcedo.² En el periódico *El Pueblo*, de la misma ciudad de Valencia, aparecieron dos artículos, los días 8 y 16 de noviembre de 1899, bajo la firma de Unamuno y que don Miguel no había escrito. Al recibir por correo el primero de ellos, escribió muy enfadado varias cartas negando su autenticidad. El 20 de noviembre aparecería la que escribió a *El Correo*, bajo el siguiente párrafo:

UNAMUNO Y «EL PUEBLO»

Creemos que nuestro apreciable colega «El Pueblo» estará indignado por la infamia que ha cometido el que vilmente ha suplantado la firma del docto catedrático de la Universidad de Salamanca D. Miguel de Unamuno.

Líganos con este distinguidísimo escritor sincera amistad, y gustosos insertamos sin comentarios, pues no hacen falta, la siguiente carta que hoy recibimos:

Sr. Director de «El Correo».

Muy señor mío: Cuando llegué de mi viaje a Madrid, me encontré, entre otras cosas, con un número de *El Pueblo*, de esa ciudad, en que bajo el epígrafe de «Para *El Pueblo*», se insertaba con el título de «Premios y castigos» y bajo mi firma, un artículo del cual no he escrito ni una sola línea y siendo la firma una firma falsificada. Fue sorprendida la buena fe del director de *El Pueblo*, víctima, tanto o más que yo, de esa infame canallada. Mas como tardé yo en enterarme más de ocho días, el criminal, cuyo fin no adivino, reincidió en su delito, y en el número de *El Pueblo* llegado hoy a mis manos, el del día 16, veo que ha vuelto a ser sorprendida la ya excesiva buena fe de su director. Trae, en efecto, un artículo titulado «¡Caridad!», también con mi firma al pie, y tampoco he escrito ni una de las líneas del tal artículo, que en ningún respecto es mío.

Creo, señor director, que basta con exponer el delito y su reincidencia, sin que sea menester calificarlo. Al director de *El Pueblo* le interesa tanto o

2. EMILIO SALCEDO, *Vida de don Miguel*, Anthema ediciones, Salamanca, 1998 (3ª ed. corregida), p. 118.

más que a mí poner en claro el delito y averiguar quién haya abusado tan vilmente de su buena fe, porque con tales proceder no se acredita la prensa.

Rogándole inserte en su diario las adjuntas líneas, quede de usted affmo. s. s.,

Miguel de Unamuno

Salamanca 18 noviembre 1899³

Apenas unos pocos días después, el incidente quedaría totalmente aclarado. Dejemos que sea el propio periódico quien, a través de la explicación dada por *El Pueblo*, lo narre y comente en su integridad.

EL FALSO UNAMUNO

Está aclarado el suceso que dió origen a la protesta del distinguido catedrático de Salamanca D. Miguel de Unamuno, cuando vió en *El Pueblo* de nuestra capital artículos que no habían salido de su pluma y que llevaban, sin embargo, su firma. Y como desde luego suponíamos, en todo ello ha habido, por parte del colega, un exceso de buena fe.

El Pueblo mismo lo explica en las siguientes líneas, que pone hoy al frente de su crónica local:

«Ya apareció el falso Unamuno. Es un señor vecino de Algar, llamado D. Miguel Becir Andrés. Tiene afán por escribir, y, según nos dice, unos amigos, cuyos nombres omite, le dijeron nos enviara artículos con el pseudónimo Miguel de Unamuno. Así lo hizo, y en carta en la cual nos cuenta el caso, dice que lamenta el disgusto que nos ha dado, pero que él ignoraba que existiera un señor que se llamara Miguel de Unamuno».

Como se ve, el caso no tiene maldita la gracia, ni siquiera originalidad alguna. Redúcese todo a la mala intención de unos caballeros, que cuidan muy bien de ocultar sus nombres, y que además de faltar al respeto del Sr. Unamuno, han cometido una acción incalificable con el director de *El Pueblo* respecto a quien probablemente ni siquiera tendrán motivos de resentimiento.

Claro es que el pseudo escritor y firmante inconsciente, no merece recriminación alguna. Compañero y digno compártcipe de la gloria de nuestro Pepito Rosell, harto tiene con la tontería que sufre.⁴

Seguramente ambas partes aprovecharían el incidente para dar inicio a la colaboración de Unamuno en el periódico. De hecho, ya antes de esta aclaración, el 26 de noviembre, el periódico insertaba unas líneas (como volvería a hacer en 4 ó 5 ocasiones en el caso de Unamuno, y posteriormente con algún otro autor), anunciando el primero de los artículos de don Miguel.

3. Carta de Miguel de Unamuno al Sr. Director de *El Correo*, NO RECOGIDA, *El Correo*, Valencia, 20 noviembre 1899, p. 1.

4. *El Correo*, Valencia, 3 diciembre 1899, p. 1.

Mañana
El jurado y la ley
 por
 Miguel de Unamuno
 Exclusiva para EL CORREO

Si bien, tras este primer artículo, pasarían prácticamente dos meses sin que Unamuno volviera a escribir para *El Correo*.

El periódico, compuesto por «gente joven» («no sucesores de nadie»), «moderno e imparcial», «libre de compromiso político», como rezaba en su primer número, apenas tenía unos meses de vida. Había nacido un martes 5 de setiembre de 1899. Recién comenzado 1900 pasaría a dirigirlo Eduardo Llagaría.⁵ Y sería a petición de éste, cuando se (re)inicia la colaboración de Unamuno. Veamos cómo es requerida por el nuevo director:

30 enero 1900

Sr. D. Miguel Unamuno

Muy Sr. mío y de mi mayor consideración: Desde hace algunos días, estoy encargado de la dirección del periódico que con el título «El Correo» publicaré en esta capital. Es en mi deseo vehemente colabore V. en él, con las mismas condiciones económicas y libertad de exposición que tenga V. por costumbre. El periódico no tiene color político, y por lo mismo, admite toda clase de opiniones, especialmente cuanto son tan brillantemente expuestas como V. sabe hacerlo.

Espero su contestación, y si fuera favorable, que así lo espero, el primero de sus artículos.

Dispone como guste de su afmo. s. s.

q. l. v. m.

Eduardo Llagaría⁶

En una carta posterior, en la que le suplica le remita el «primer» artículo lo antes posible, nos aporta el dato curioso de la retribución económica: «En nombre de los propietarios le ofrezco a V. iguales condiciones de retribución que tiene usted contratadas con *Las Noticias* de Barcelona, esto es, tres artículos mensuales por 60 ptas.»⁷

La colaboración de Unamuno llegaría propiamente hasta mediados de octubre de 1900. Poco tiempo después, desde febrero de 1901, el «Diario de la tarde» se convierte en «Edición de la noche», con lo que su firma, que por otro

5. EDUARDO LLAGARÍA BALLESTER (1869-1936). Abogado y político liberal-demócrata, dirigiría *El Correo* entre 1900 y 1902. Sería Alcalde de Valencia en 1903 y 1905, y en varias ocasiones posterior miembro de la Corporación Municipal y Diputado a Cortes.

6. Carta de EDUARDO LLAGARÍA a MIGUEL DE UNAMUNO, 30 enero 1900, CMU; LL-3.

7. Carta de EDUARDO LLAGARÍA a MIGUEL DE UNAMUNO, 4 febrero 1900, CMU; LL-3.

lado llevaba meses sin aparecer, desaparece definitivamente. Junto a ella, también lo hace la de la mayoría de los colaboradores importantes del periódico, entre los que cabe destacar a: Emilia Pardo Bazán, Jacinto Benavente, Valle Inclán, Mariano de Cavia, Timoteo Orbe, M. Ciges Aparicio etc.

2. LA COLABORACIÓN DE UNAMUNO EN *EL CORREO* (VALENCIA)

Presento a continuación la *lista completa* de sus artículos, señalando, en su caso, el lugar en que han sido reproducidos; y en caso contrario, numero en negrita los *no recogidos* aún y que reproduzco seguidamente.

1. 27 noviembre 1899. El jurado y la ley	1
2. 25 diciembre 1899. Fragmento	Ribas, 269. ⁸
3. 9 febrero 1900. Crisis de libertad	2
4. 13 febrero 1900. Dar la vida	3
5. 23 febrero 1900. Los cartones de Miguel Angel	VII, 1257. ⁹
6. 3 marzo 1900. Aduaneros literarios	VII, 1259.
7. 6 marzo 1900. ¡Cátedras de estilo!	VII, 830.
8. 21 marzo 1900. De población	4
9. 3 abril 1900. Contra «los jóvenes»	VII, 1261.
10. 10 abril 1900. La charca	VII, 1264.
11. 25 abril 1900. ¿Crítico?... ¡Nunca! (A Timoteo Orbe)	VIII, 191.
12. 4 mayo 1900. Conciencia y patria	5
13. 17 mayo 1900. La lengua escrita y la hablada	VII, 832.
14. 9 junio 1900. ¡De Strauss!	6
15. 11 junio 1900. Pudor dañino	VII, 1270.
16. 16 junio 1900. Nación y patria	7
17. 3 julio 1900. O morir o ser muerto	8
18. 5 julio 1900. Religión y patria	9
19. 8 julio 1900. Mejor intereses que «ideas»	10
20. 26 julio 1900. Soberbia moruna	11
21. 30 julio 1900. El culto a la posteridad	12
22. 3 agosto 1900. Turrieburnismo	VII, 1272. ¹⁰
23. 16 agosto 1900. Curiosidades	IV, 341.
24. 20 agosto 1900. Un suceso típico	13

8. *Fragmento* no fue originariamente escrito para *El Correo*. Se publicó en *La lucha de clases*, de Bilbao, el 23 diciembre 1899, de donde fue tomado. Fue recogido en: Miguel de UNAMUNO, *Escritos socialistas. Artículos inéditos sobre el socialismo, 1894-1922* (Edición de Pedro Ribas), Madrid, Ayuso, 1976, p. 269.

9. MIGUEL DE UNAMUNO, *Obras Completas* (Edición de Manuel García Blanco), Madrid, Escelicer, 9 t., 1966-71, t. VII, p. 1257 (citaremos tomo y primera página: VII, 1257).

10. El artículo apareció el día 3 y no el 2, como equivocadamente se indica en las *Obras Completas*.

25. 22 agosto 1900. Olgiati	IV, 1093.
26. 31 agosto 1900. ¡Omne mirari!	14
27. 3 setiembre 1900. El libro en el periódico	15
28. 4 octubre 1900. De águila a pato. Apólogo	II, 798.
29. 6 octubre 1900. Mala letra	IV, 343.
30. 17 octubre 1900. La verdad histórica	VII, 723.
31. 7 febrero 1901. Los melenudos	VII, 1279. ¹¹
32. 15 agosto 1902. La tiranía de las ideas	I, 954. ¹²

1

EL JURADO Y LA LEY

Con ocasión de haber absuelto un Jurado al matador del Sr. Saenz Ledesma, han vuelto a levantar el grito al cielo los escribas y fariseos, clamando que no va a haber seguridad personal si tan perniciosos ejemplos como éste y otros análogos surten su efecto.

«Esto es el desquiciamiento de la justicia!» —exclaman algunos—, confundiéndola con la legalidad. Y de hechos como este de la última absolución se parte para combatir la institución del Jurado.

La fuerza más íntima del Jurado estriba, precisamente, en desconocer la ley, y su función más elevada y más profunda es la de atropellarla. Es inútil querer confinar al Jurado al conocimiento del hecho y no más que del hecho, siendo, como es, casi imposible deslindarlo del derecho. Más racional es lo que propone un jurisconsulto, de que se inviertan los términos, entendiendo el tribunal profesional en determinar el hecho y el Jurado en fijar su delincuencia y su absolución o castigo.

La ley dejada a los legistas se convierte en una cosa muerta, en una concreción petrificada, en algo que es la suprema injusticia, como reza el viejo proverbio: *summum ius, summa iniuria*. La letra ahoga al espíritu y el legalismo se entroniza.

Es menester principio dinámico que impulse el progreso de la ley, obligándola a cambiar y a acomodarse a las cambiantes condiciones del ambiente, a ponerse en consonancia con nuevas necesidades o con un nuevo y más alto estado de la conciencia pública.

La función más profunda, pues, del Jurado, lo repito, es atropellar la ley.

11. *Los melenudos* fue escrito para *Las Noticias* de Barcelona (20 enero 1901).

12. *La tiranía de las ideas* es un artículo que se publicó en *Vida Nueva* (Madrid), el 4 junio 1899; y que ampliado y desarrollado se convertiría en el célebre *La ideocracia*. En relación directa con esa «lucha», véase *¡De Strauss!* (nº 6) y, sobre todo, el muy aclaratorio: *Mejor intereses que «ideas»* (nº 10).

La conciencia pública actual debe estar sobre la conciencia de una clase social que determinó la ley.

¿Que es una atrocidad la absolución de Julio Fernández? Acaso lo sea. Ni creerá el Jurado que le ha absuelto que esté Fernández exento de culpa, pero creerá también que los que lleguen a hallarse en el caso en que se halló y que le movió a matar a Saenz Ledesma no están garantizados por la ley de los abusos de que son víctimas.

Es lo mismo que sucedió al absolver al matador del Sr. Moreno Pozo.

El dilema del Jurado, dirigiéndose a los legisladores es éste:

«O garantizáis a los Villuendas y Fernández de los que les engañan y explotan, o les absolveremos por tomarse la justicia por su mano, ya que el Estado no la administra como creemos debe administrarla».

Tal modo de sentir parece a muchos el colmo del absurdo. Lo primero —dicen— es respetar la ley; luego se verá si conviene reformarla.

Pero es el hecho que casi nunca se reforma ley que se respeta. El principio de la rectificación de la ley es no respetarla cuando la sentimos injusta.

Sucede con esto como con aquello otro de «primero que se sometan y luego trataremos, porque no admito imposiciones». Si llegan a someterse no hay trato alguno, ni arreglo; es cosa vista. Cuando el que está encima tiene por norma no cumplir su palabra, no debe el que está debajo fiarse más que de la imposición.

Maldito para lo que serviría el Jurado si no hiciese más de lo que le piden cuantos hoy contra él claman. Sería una rueda inútil y embarazosa si no creara estos conflictos entre la ley, tal como está cristalizada en el Código, y la justicia, tal como vive en la conciencia pública. Y si este ideal de justicia no es perfecto ni mucho menos, es perfectible al cabo, y sólo él impulsa a la ley a cambiar.

Por muy torpe e ignorante que el Jurado sea, y lo es sin duda alguna, son más torpes e ignorantes los tribunales de derecho, tal y como hoy están formados. Si al Jurado le deforman y estropean el juicio preocupaciones populares, defórmanselo y se lo estropean a los magistrados preocupaciones jurídicas, de origen menos puro aún que las populares por arrancar de intereses de casta y de clase. Porque la ley es ante todo y sobre todo ley burguesa.

No hay, pues, que escandalizarse farisaicamente de que el Jurado absuelva a uno que se tomó la justicia por su mano (aunque fuese excesiva), sino considerar que sin estos avisos de la conciencia popular no reflexionarían los que fraguan las leyes, en interés propio, que hay que evitar que tengan que tomarse los ciudadanos la justicia por su mano y que sea una de las mayores desgracias lo que debía ser casi un mérito: la ignorancia de las leyes.

Miguel de UNAMUNO

(27 noviembre 1899)

CRISIS DE LIBERTAD

Discurriendo *El Imparcial* hace poco en su artículo de fondo acerca de la cuestión entre el alcohol vínico y el llamado industrial, decía:

«En cuestiones como esta de que se trata nos ha parecido y nos parece siempre escasa toda resistencia. Y la razón es muy sencilla. Se legisla, por ejemplo, sobre una materia política o una organización administrativa, y el error que en ella se comete es subsanable. Pero se procede equivocadamente en un asunto económico, y el mal que se produce viene a ser imposible de remediar.

Un gobierno y unas Cortes que dictan leyes coercitivas sobre derechos políticos fuera de oportunidad y obedeciendo a prejuicios de secta perturbarán torpemente la vida del Estado y quizás el orden público. Mas, la situación cambia natural o violentamente; otro gobierno y otras Cortes suceden a aquéllos; las leyes absurdas se derogan; la libertad se restablece, y todo queda cual si nada hubiese pasado. Se habrá perdido el tiempo, y nada más.

Pero se legisla sobre una cuestión económica; se aprueba un proyecto como el que se ha presentado relativo al impuesto de alcoholes; se aplica a la vida de una producción; ésta se quebranta, se debilita y se arruina. ¿Podrán otras Cortes y otro gobierno remediar el daño con modificar o derogar la funesta ley? ¡En modo alguno! ¡La riqueza perdida, perdida quedará!»

He aquí un precioso espécimen de una manera muy general de discurrir. Recuérdate el tan famoso como huero aforismo de «menos política y más administración» que hasta podría pasar si no fuese la administración parte de la política.

¿Conque dictando leyes coercitivas sobre derechos políticos no se hace más que perder el tiempo? ¡Y les parece poco todavía! ¡Cualquiera diría que andamos sobrados de él! Pero ya se sabe; aquí se llama ganar tiempo a perderlo, y aquí *se hace tiempo* para matarlo luego. Es en lo que lo pasamos, en matar el tiempo.

¿Conque se restablece la libertad y *todo queda cual si nada hubiese pasado*? ¡Qué noción tienen del tiempo y la marea de los sucesos algunas personas, Dios mío!

No, el tiempo perdido es irreparable, irreparable, irreparable; lo que no se hizo a tiempo no se hace nunca. La herencia no perdona, y en la funesta de nuestros abuelos que llevamos a cuestas todos, es mucho más funesto el legado de lo que dejaron de hacer que el de lo que hicieron. Lo que no hicieron nuestros mayores es lo que más nos oprime, o lo que hicieron a destiempo.

Una ley dañina en materia de impuestos aplicada a la vida de una producción la quebranta, debilita y arruina, dice el articulista: «¿Podrán otras Cortes y otro gobierno remediar el daño con modificar o derogar la funesta ley?» —se pregunta—. Y se responde: «¡En modo alguno! ¡La riqueza perdida, perdida quedará!»

¿Es que se recobra acaso la riqueza espiritual perdida? ¿O es que no está sometida a las mismas leyes naturales que toda riqueza, y al proceso mismo que toda producción, la producción del espíritu?

Una ley coercitiva sobre derechos políticos *quebranta, debilita y arruina* al espíritu público; los que se educan en la opresión ni saben sacudirse de ella ni enseñar a sus hijos a que la sacudan.

Pero todo tiene su compensación en este mundo. Viene una crisis económica y cae sobre una región en que hay veinte fábricas de un artículo, dieciséis de ellas débiles y mal sustentadas, fuertes las cuatro restantes. La crisis azota a todas, pero mata a las dieciséis débiles y no hace más que debilitar a las cuatro fuertes. Se cierran dieciséis fábricas, y así que el ciclón económico pasa, quedan sólo cuatro dueñas del campo que antes explotaban veinte, y se alzan con el santo y la limosna. ¿Es esto un mal? ¿Es un bien? Para los dueños o accionistas de las dieciséis fábricas quebradas, un mal (aunque no siempre); para las cuatro que resisten y para la sociedad en general, un bien. Un bien, sí. Es mejor cuatro fábricas sólidas que veinte inseguras.

Y así sucede con las crisis de libertad. Caen como un azote la arbitrariedad y la tiranía, pero caen como azote seleccionador. Los espíritus débiles, los que sólo en la paz y al amparo de la ley pueden proseguir la rutina de su vida, sucumben, tienen que cerrarse a la vida espiritual, que era bien menguada vida para ellos, y se alzan solos los fuertes, los que lucharon y resistieron, los que creen con Ibsen, que no es la libertad, sino el combate por alcanzarla, lo que nos dignifica y humaniza. Encalmado el turbión, levántanse esos pocos sobre el rebaño de los arruinados, de los que no hacen más que pedir libertades, porque no está a su alcance la libertad, la única, la interior, la fuerte, la que no se pierde ni aun entre grillos y cadenas.

Lo mismo da que las Cortes legislen de un modo o de otro acerca de los alcoholes o de las libertades políticas; no son leyes ni Cortes las que pueden dar ni quitar. El trabajo y la libertad siguen su camino venciendo a los trabajos todos y a todas las libertades, enemigos unos y otras del trabajo y la libertad.

Miguel de UNAMUNO

(9 febrero 1900)

3

DAR LA VIDA

En una de las sesiones de Cortes dijo el general Azcárraga, que los militares han visto sin protesta cómo se iban mermando sus privilegios en materia de consumos, cédulas, licencias de caza, descuentos, etc., y que están dispuestos a acatar todas las reformas y a contribuir a las cargas públicas.

¡Pues no faltaba otra cosa! Declaraciones como la del señor Azcárraga deben holgar. Y declaraciones análogas hace con frecuencia la prensa militar, fundándose en que se les calumnia a los militares. Y no hay tales calumnias.

No hay tales calumnias porque es frecuente, en efecto, encontrar militares que, como los curas, creen que se les deben privilegios. Y la verdad, somos muchos los que no alcanzamos a ver por qué regla de tres haya de ser el militar privilegiado en cosa alguna.

Así como hay muchos artistas que se imaginan que su trabajo es de distinta índole que los demás trabajos y que no es lo que por él se les pague un salario propiamente dicho, ya que la obra de arte es inconmensurable con dinero, sino un modo de sostenerlos en la vida, así hay muchos militares que se imaginan que su trabajo es de distinta índole que los demás. Su trabajo en tiempo de guerra, debe entenderse, porque en tiempo de paz no es más que hacer que hacemos y por dentro holgazarería pura.

«Dan la vida por su patria», suele decirse. Aparte de que cabría mucho discutir si es que la dan por la patria o por cualquier otra cosa, que de patria nada tenga, no parece sino que todos los demás no dan también su vida, consumiéndola en callado y continuo holocausto. El que envejece y muere en una oficina pública, sujeto a un miserable sueldo, y gastando día por día sus energías en servir al público ¿no da su vida?

Lo que hay es que el concepto del heroísmo ha brotado de la concepción militar, legado de la barbarie de la humanidad, y que el héroe por lo general es un soldado. Mas va ya poco a poco cambiando tal concepto, y van las gentes logrando una noción más honda y más humana del heroísmo. Hasta que llegue día en que se desprecie a la mayoría de los héroes militares, como debe despreciárseles.

«Día llegará en que se vea claro que la mayor victoria es la derrota» —dice Brand en el hermoso drama de Ibsen—. Día llegará, podemos decir, en que se vea claro que los más héroes eran los pacíficos, los que serán llamados hijos de Dios, y no los belicosos; que es el héroe el que sabe vencerse y aguantar y sufrir y no resistir al mal. Entonces renegarán los pueblos de sus glorias militares, que no hicieron más que retrasarlos en la marcha del progreso, diga lo que quiera un pseudo-darwinismo de ínfima clase y una sociología fraguada por los servidores del mismo amo a que el militarismo sirve.

¡Privilegios! El mismo derecho tiene la viuda del albañil que cae de su andamio y se mata a que le sostenga la sociedad, que puede tenerlo la viuda del comandante que murió en acción de guerra. Sólo el divorcio en que el Estado y la sociedad viven, puede hacer creer otra cosa, porque lo más triste de nuestra constitución es que no es lo más servir a la sociedad que servir al Estado. Aun hay más, y es que estos servicios pueden contraponerse y se contraponen de hecho muy a menudo.

Si los que sirven a la sociedad, los productores útiles, intentan garantizar su productividad y elevarla en dignidad, encuéntrase al punto con el Estado. Y hay, por el contrario, no pocos servidores del Estado, como los militares, su

principal sostén, que para la sociedad no sólo son improductivos, sino dañosos en grado sumo. Protegiendo a los Estados, o sea a los privilegios de las clases que de ellos viven, oprimen a la sociedad humana, retardando su desenvolvimiento.

Pero se observa ya un síntoma consolador y es no tanto la opinión adversa al militarismo que en el mundo todo se forma, como las formas agudas que reviste la desesperada defensa de la institución militar. Por todas partes se procura rodearla de prestigio por medios coercitivos, y por todas partes la sofistica y la falsea la historia para mantener en pie la memoria del héroe tradicional, que se viene a tierra. No sirve levantar estatuas a tal verdugo de pueblos, o a tal soldado con fortuna, o a tal pobre diablo a quien le alcanzó una bala en momento de inconciencia y ataque atávico.

No hace mucho me hablaban en cierta ciudad de la conducta ridícula de unos oficiales que a todas partes van de gorra de cuartel por mandato de su jefe, y que no pierden ocasión de tomar al pueblo como plaza conquistada y de tratar de dejar turulato al hortera con sus habilidades, y hube de contestar: «Mejor que mejor, esa es buena señal; dejarlos, porque necesitan lucirse».

Miguel de UNAMUNO

(13 febrero 1900)

4

DE POBLACIÓN

Entre los cinco estudios que constituyen el libro *Problemas del día*, del distinguido publicista vallisoletano D. César Silió, hay uno titulado «El gran problema», o sea el problema de la población, que merece que en él nos fijemos.

Después de exponer y criticar la famosísima teoría de Malthus, siguiendo en su refutación al eminente Nitti, llega a España el Sr. Silió y establece que «Francia es hoy, en Europa, el país de la *esterilidad voluntaria*, y España es, en Europa, el país de la *mortalidad indisculpable*. En la nación vecina la población no crece apenas, porque escasean los nacimientos. En la nuestra tampoco crece apenas, porque abundan las defunciones. Allí falta de ingresos y aquí exceso de gastos; los resultados vienen a ser iguales: utilidad escasa, casi nula, *en la cuenta corriente de la vida nacional*».

Inserta el Sr. Silió a continuación un cuadro del distinto coeficiente de aumento geométrico anual de población por mil habitantes, cuadro en que partiendo el coeficiente de 6'20 para Suiza para terminar en 18'44 para la Polonia rusa, figuran España por 3'31 y Francia por 2'52.

«Francia y España —escribe— que de 1800 a 1860 aumentaban su población en 6'62 y 4'92 habitantes por 1.000 cada año, han visto reducido este

aumento, ya harto mezquino, a 3'31 y 2'52, respectivamente, a partir de aquella fecha».

Si en Francia se ceba la *moral restraint*, aquí hace estragos la falta de higiene. «Mientras que Prusia en 34 años —1861 a 1895— ha elevado su población desde 22 a 31 millones, e Inglaterra (con el país de Gales) en 30 años —1861 a 1891— desde 20 millones a 29, Francia en 35 años —1861 a 1896— no ha ganado más que un millón (de 37 a 38), y España en 37 años —1861 a 1898— muy poco más de dos millones (de 16 a 18). Al comenzar el siglo, Francia tenía 27 millones de habitantes, 10 España, poco más de 10 Prusia y 8 Inglaterra. Al concluir, Prusia tiene pocos menos habitantes que Francia, e Inglaterra 11 millones más que España que, sin embargo, la aventajaba en dos».

Calcula luego el Sr. Silió y lo patentiza en un gráfico, la población probable de Inglaterra, Prusia, Francia y España dentro de un siglo, conservando cada país su actual coeficiente de aumento, resultando que mientras Inglaterra habría de tener 107 millones y 79 Prusia, Francia se quedaría en 48 y en 25 España, mientras que alcanzarían Francia 97 y 46 España con el coeficiente de aumento prusiano.

En Francia siguen el consejo que en 1826 les dió Say, y que el Sr. Silió recuerda: «Las instituciones más favorables a la dicha de la humanidad son las que tienden a multiplicar los capitales. Conviene que los hombres se preocupen más de hacer ahorros que de hacer hijos».

Lo que no se sabe bien es el consejo que los españoles seguimos, aunque claro se ve que aquí se preocupa la gente más en hacer hijos que en criarlos. En un país esencialmente inclusero, con la concepción hospiciaria de la vida agarrada a las entretelas del alma.

España «disfruta el triste privilegio de figurar a la cabeza de todas las naciones europeas en los cuadros de la mortalidad, como Francia disfruta el triste privilegio de ser la última entre todas en los cuadros de la natalidad».

En lo que no estoy conforme con el Sr. Silió es que en España no sea preciso higienizar el alma, sino el cuerpo. Cierto es que aún viven «creencias sedimentadas en el fondo del alma nacional», pero viven también una enorme rutina y una espantosa ignorancia que producen la horrible mortalidad de la infancia. ¿Cómo ha de prosperar un pueblo en que, como aquí, en la región en que escribo sucede, se empieza a dar sopas a los niños a los quince días y se les tupe cuando aún no tienen dentadura de una porción de porquerías y de condenado vino?

¿Qué ha de suceder en un pueblo hidrófobo, como es la mayor parte del español, odiador del agua, sin duda porque le escasea?

El agua cría ranas, dicen. Y todo se vuelve elogios al vino.

Agua, agua, mucha agua; agua por dentro y por fuera es lo que más necesitamos; agua para nuestros campos y agua para nuestros cuerpos.

En España mueren al año 31'40 por cada 1.000 habitantes, mientras que en Portugal, sin ir más lejos, no mueren más que un 20'5, y en Suecia 17'5.

Y con sólo que nuestra mortalidad se arreglase a la de Portugal, morirían cada año en España 196.000 individuos menos, dice el Sr. Silió. ¿No se deberá en parte a lo del agua?

Pero aún da mucho juego esto de la demografía española, y vale más que para otro artículo lo dejemos.

Miguel de UNAMUNO

(21 marzo 1900)

5

CONCIENCIA Y PATRIA

«¡Ese es un soldado!», oí a cierto sujeto refiriéndose a Sirdal Kitchener, compañero de lord Robert en la campaña del Transvaal. Leí luego una semblanza de Kitchener, el hombre máquina, y me dije: sí, *eso* es un *soldado*, uno a sueldo de una nación, pero *eso* no es un hombre; es un soldado y nada más.

«¡Eso es un patriota!», me decían de cierto general, y contesté: no, ese es un criado de la casa, y no hijo de familia; cobra su soldada y obedece.

¿Un héroe, decís? un héroe, ¿y a qué llamáis héroe?

Un héroe sería aquel a quien la nación le dijese en un momento: «mi honor (¡el honor de la nación!) está comprometido, te necesito; toma ese ejército y ve a combatir bajo mi bandera» y él respondiese: «no, toma mis entorchados, ahí tienes mi espada, haz de ella lo que quieras, pero no dirijo tus ejércitos a una guerra injusta, porque mi conciencia me dice que esta guerra es injusta».

—¿Y quién es tu conciencia?

—Mi conciencia está sobre la patria...

—Contra un padre no hay razón...

—Sólo contra el Padre Eterno no la hay...

—Es que si cada hombre pusiese su noción de justicia sobre la patria...

—Llegaría a haber patria, que hoy no la hay.

—Y la disciplina...

—Es lo que mantiene a los pueblos en la barbarie, eso que llamáis disciplina.

¿Disciplina? Aun puede más que ella la conciencia de la justicia, aun es superior un pueblo libre que defiende su hogar y su alma a un ejército de *soldados* disciplinado, aun el espíritu religioso que asiste a ciertos pueblos en armas significa algo frente a la disciplina de los ejércitos mercenarios; aun una oración rezada en común vale más que la ordenanza. Contra un hombre de estos, un nuevo israelita, que pelea bajo el cielo libre, la vasta bandera del *Dominus Deus Sabaoth*, son precisos tres o cuatro *soldados*, miserables soldados, pobres mercenarios.

Es inútil exaltar la fuerza exterior; la fuerza interior mueve al mundo. Las victorias de aquélla son aparentes. Fuimos echados de Cuba, no por la torpeza de nuestros generales, ni por la inhumanidad de Weyler, ni por la presión de los Estados Unidos; fuimos echados de allí por la íntima conciencia de la sinrazón que en aquella guerra nos asistía. El chispero supo resistir a los soldados de Napoleón, el chulo trasplantado a la manigua no llevaba su alma, ni llevaban alma el baturro, o el charro, o el payés, o el campesino de cualquier región española cuyos abuelos persiguieron al gabacho que les invadió su casa. ¡La patria a través del Océano! ¿qué es eso?; ¡la bandera! la bandera es un trapo cuando no cubre la justicia, es un pabellón que cubre la *mercancía* y nada más, y la mercancía sólo al mercader le importa.

No habrá patria, verdadera patria, mientras haya ejércitos. ¿Patria? ¿Tenemos idea siquiera de lo que puede ser la patria? La patria no es más que una aspiración.

Patria es lo que no excluye; allí donde se siente que sólo de la comunidad de los pueblos vive cada pueblo. La patria sólo en la paz se perfecciona.

El imperialismo inglés, que parece una exaltación del patriotismo británico, no es más que una grave enfermedad de éste, como del patriotismo francés lo fue el imperialismo napoleónico.

¿Llamaréis un gran patriota a aquel duque de Alba, de infausta memoria, que manchó para siempre en Flandes el nombre de España? ¡Fue un gran guerrero! Sí, y un mal hombre. ¡Fue un servidor de su rey! Sí, y del demonio.

Sólo tendré patria si la siento en mi conciencia; para que seamos dignos de ella es preciso que sea ella digna de nosotros.

Lo he escrito antes de ahora y aun he de volver a escribirlo más y a desarrollarlo: el contrato social que ponía Rousseau en el arranque de las sociedades humanas, representa su término ideal, lo mismo que reflejaron en el pasado los pueblos la edad de oro del porvenir, el paraíso terrenal. Sí, un verdadero contrato social ha de ser cada sociedad humana. Será español cada español —si entonces ha de haberlos— porque quiera serlo, y querrá serlo porque lo sea.

Siglos hace que Inglaterra domina a Irlanda y aún abundan los irlandeses que reniegan de la nacionalidad inglesa. ¿Qué pueblo es ese que no sabe asimilarse a los que coge bajo su tan ponderada ley de libertad? Los franceses, en cambio, lograron ganarse la voluntad de los alsacianos, germanos de raza y lengua.

La force prime le droit; la fuerza priva sobre el derecho, se repite. Y no está mal que prive sobre el derecho, porque eso que llaman derecho suele ser hijo de la fuerza y bien miserable cosa.

Pero hay algo más hondo y más grande que el derecho, que es la justicia, y sobre ésta no priva la fuerza, dígase lo que se quiera. Aherrojada vive y se corrobora y un día se hace a luz.

Miguel de UNAMUNO

(4 mayo 1900)

6

¡DE STRAUSS!

Fue en cierta ocasión a confesarse una joven con un fraile allá en una villa de las Provincias Vascongadas, y en el curso de la confesión se entabló un diálogo por el estilo de éste:

—¿Has ido alguna vez a algún baile?

—Sí, padre.

—Y habrás bailado, ¡claro está!

—Sí, padre.

—Hm... Hm... ya te tengo dicho que no me gusta eso de los bailes; son por lo menos peligrosos. ¿Y has bailado valeses?

—Sí, padre.

—¿Conque también valeses?

—También valeses...

—¿De Strauss?, ¿eh?, ¿de Strauss?

No se lo que contestaría la joven del sucedido, que es rigurosamente histórico, tal como en su familia por tradición se conserva. Porque el hecho ocurrió hace ya años, cuando metía ruido por el mundo el famoso Strauss, autor de la *Vida de Jesús*, tan comentada en su tiempo como lo fuera la de Renán más tarde. Y sonaba a la vez aquel otro Strauss músico, cuyos valeses apenas hay hoy bailarín que no los haya bailado. Y el bueno del fraile de Vergara que oyó hablar y maldecir del protervo Strauss que trataba a Cristo poco más que de mito, se escandalizaba de que pudiese alguien bailar sus valeses, valeses infernales sin duda.

Este sucedido me recuerda otro. Cuando se tradujo al castellano la famosa *Geografía* de Eliseo Reclus, fueron muchas las personas que se suscribieron a ella. Andando el tiempo me encontré una vez en Bilbao con un librero de viejo que había ido a vender y comprar libros usados, y charlando con él me dijo que desde que se había hecho público que Reclus era anarquista, eran muchos los que se deshacían de su *Geografía*, vendiéndola a cualquier precio. *Geografía* de anarquista... ¡horror! Y al punto me acordé del fraile de Vergara y me dije para mi capote: ¡de Strauss, eh, de Strauss!

Uno y otro sucedido son altamente sintomáticos y reveladores de una de las más profundas llagas de nuestra vida social. A cada momento, cuando oigo proscribir ciertas obras o negar inteligencia a ciertos escritores, me digo: valeses de Strauss, ¿no es así? de Strauss.

«¿Qué ideas tiene?» es la primera pregunta que aquí se oye al tratarse de algún escritor.

La condenada Inquisición nos la quitaron como quien quita un tumor, pero fue para meternos en las entrañas y que nos inficionara la sangre. Nos ha sucedido como a aquellos a quienes les cierran una fuente, pero es para dejarlos ciegos.

Sí, me atrevería a defender la Inquisición como una válvula de escape. No fue más que un absceso, pero su causa era una diátesis general, un estado de la sangre que dura y perdura. Espíritu inquisitorial respira casi todo español, y no menos, ciertamente, los que más claman contra la antigua Inquisición.

Las *ideas*: he aquí la preocupación de los más de los españoles que leen algo.

«Ferrer tiene las *ideas*», dicen los de cierta secta para dar a entender que el tal Ferrer piensa como ellos. Los que no tienen las *ideas* son unos imbéciles, o unos ignorantes, o unos granujas, o unos espíritus débiles.

—¿Qué es eso?...

—¡Un poema!

—¿Un poema? ¿de quién?

—De Martínez Pérez.

—¡De Martínez Pérez? ¿de ese oscurantista?, ¿de ese retrógrado?, ¿de ese chupa-cirios? (O por el contrario: ¿de ese del *libre pienso*?, ¿de ese petrolero?) ¡bueno será el poema!

Es decir: ¿vales de Strauss?, ¿eh?, ¿de Strauss?

«Los que todo lo ven claro son espíritus oscuros», me decía una tarde el gran poeta portugués Guerra Junqueiro.¹³ Y ¡cuánto espíritu oscuro hay entre nosotros!, ¡cuánto espíritu esclavo de las ideas de que se cree ser dueño!

Es la más alta, la más noble, la más regeneradora campaña que aquí hay que emprender: la campaña contra la tiranía de las ideas, base y fundamento de la tiranía de los hombres. Hay que repetir a todas horas y en todos los tonos que no hay ideas buenas ni malas; que hablar de ideas buenas o malas es como hablar de sonidos azules o de sabores hexagonales. Hay que repetir sin descanso que es del hombre que las adopta de quien el bien o el mal brotan; y no que las ideas le hagan bueno o malo; que una misma idea puede servir de enseñanza al verdugo y a la víctima; que debemos ser dueños y no esclavos de ellas.

No hagamos con las ideas lo que Spencer, a propósito de lo que hacen ciertos estilistas y filólogos con el lenguaje, recuerda que hicieron con el arado de vertedera unos indios. Los cuales, al ver las maravillas que aquél obraba, lo pintorrajearon y adornaron, y, erigiéndole en un altar, le rindieron culto. Antes de ahora lo he dicho: en vez de hacer de los arados ídolos, hagamos de nuestros ídolos arados; bajemos los del altar en que se roñan sin provecho y surquemos con ellos la tierra. Nada más profundamente cristiano que emplear un crucifijo para labrar la tierra. Y hagamos de las ideas, que son arados ante todo y sobre todo, útiles de labranza espiritual, y no ídolos en cuyas aras inmolemos a los que no quieran rendirlas culto sino aprovecharlas.

13. El periódico escribe Guerra Durqueiro, pero obviamente Unamuno se refiere a su amigo y admirado poeta ABILIO GUERRA JUNQUEIRO (1850-1923).

No son las ideas el fin del hombre, sino éste fin de aquéllas. Cuando oigamos un vals, a bailar, sin preguntarnos si es o no de Strauss.

Miguel de UNAMUNO

(9 junio 1900)

7

NACIÓN Y PATRIA

La burguesía no descansa en su tenaz empeño de inculcar al pueblo la idea de que nación y patria se identifican. Llama móviles patrióticos a intereses nacionales que no son en el fondo más que intereses burgueses, y lanza a los hijos del pueblo a luchas de que nada saldrán ganando, aunque venzan, según ella entiende la victoria.

La cosa es de una claridad meridiana. Al pobre labriego de nuestra España, a quien obliga a emigrar la miseria y que no lleva otro capital que sus brazos y su industria, no se le ofrecen en el Brasil o la Argentina menos medios de ganarse la vida que en las Antillas españolas, y otro tanto les sucede a los que emigran libremente, no con cargo oficial, sin más capital que sus conocimientos científicos o literarios. Las colonias han sido para los que traían a España el trigo de los Estados Unidos, que en aquéllas no podía entrar a causa de los enormes derechos de Aduana, los molían aquí y llevaban la harina a venderla en la colonia, cobrando fuerte maquila por la molienda. El proteccionismo mantenía a nuestras colonias bajo un verdadero feudalismo económico; eran la base de un poderoso monopolio industrial y mercantil.

Cuando se trató de conceder a las Antillas la autonomía, nada encontró más resistencia que la autonomía económica; el verdadero caballo de batalla era el margen protector que se concediera a los productos metropolitanos. El tal proteccionismo es el que ha traído la guerra actual.

¡Guerra y proteccionismo! He aquí dos cosas que van juntas, que si se ahonda, no se concibe la una sin la otra, y cimientan las dos de la nación, que no es más que una institución burguesa. *La bandera cubre la mercancía*: he aquí una sentencia que tiene mucho más alcance del que se le da y se le supone.

A todas horas estamos oyendo que el librecambismo es una utopía doctrinaria pasada ya de moda. Va, en efecto, de capa caída entre los estadistas y tratadistas, cuya misión es mantener el régimen del capitalismo burgués, porque el librecambio equivale, a no muy largo plazo, a la organización socialista.

La guerra y el proteccionismo mantienen la nación burguesa, que es ante todo y sobre todo un territorio acotado y repartido entre los que viven directa o indirectamente de la renta territorial, y es a la vez una hipoteca de los tene-

dores y retenedores de la deuda pública. Si bien se analiza el fenómeno social de la nación, aparece ésta en el fondo como una categoría económica. Los ejércitos permanentes y las Aduanas son las dos caras de una misma cosa. Hay que evitar la libre concurrencia internacional que daría al traste con el actual régimen industrial, anulando los intereses del mero capitalista. Apenas hay hoy, por otra parte, más derecho internacional que el que crea el libre-cambio, el que simulan los tratados de comercio, y como el proteccionismo impide el desarrollo de tal derecho, los ejércitos se imponen.

Estuvo más acertada de lo que pudiera creerse la Universidad norteamericana de Princeton al nombrar al admirante Dewey doctor en derecho *honoris causa*. Este doctorado es en derecho internacional burgués, o sea *cañónico*.

Sin la servidumbre económica a que estaban sujetas nuestras Antillas para mantener por el monopolio la industria nacional, no habría sobrevenido la actual guerra. Pero nuestra burguesía veía claro que desde el punto de vista *nacional*, es decir, burgués, y no patriótico, la libertad de comercio entre Cuba y los Estados Unidos significaba que la soberanía nacional se hacía meramente nominal, a pesar de que allí ondease nuestra bandera. Si la bandera no cubre la mercancía, ¿qué es lo que cubre para esos señores?

Para mantener y defender su *made in Germany*, la industria que brotó de Sedán, es para lo que sobre todo mantiene Alemania ese enorme ejército que rechupa lo mejor de su sangre; para crear artificialmente mercados a esa industria busca expansión colonial, porque en cuanto al exceso de población alemana, sabe verterse y buscarse la vida en países no alemanes, y para sostener esas colonias tiene que sustentar una marina de guerra que le cuesta muy cara. Por una unión aduanera, por un *Zollverein*, se inició el imperio militar que acabó de cuajar en sedán. Guerra y proteccionismo son los dos cimientos de la nación, institución burguesa, que mantiene oprimido al pueblo y sofoca el verdadero patriotismo, el de los grupos sociales de comunidad de espíritu, que al especificarse y diferenciarse preparan la más rica integración en el seno de la gran familia humana, de la Hermandad cristiana de los pueblos, que sólo sobre la paz y el librecambio puede asentarse.

Si mientras llegan tiempos más serenos y más humanos necesitan las patrias para acabar de formarse y adquirir plena conciencia de sí mismas la envoltura de las naciones, enhorabuena que éstas subsistan, pero no sofocando a lo que deben fomentar. Puede llegar un momento en que la piel que con el organismo se hizo y le sirvió de medio de relación y le protegió en su desarrollo, se convierta en dermatoesqueleto que le ahoga y mata. Tal sucede con las naciones históricas, que bajo el régimen económico de la burguesía, se van convirtiendo en potro de los pueblos. Tienen que transformarse, preparándose a desaparecer un día.

Cuenta el Evangelio de San Juan, en su capítulo oncenso, que después que Jesús hubo resucitado a Lázaro —relato del más preñado simbolismo—, se juntaron en concejo los pontífices y los fariseos, los patriotas burgueses de entonces, para tratar de lo que habían de hacer con aquel hombre que tales

señales hacía. «Si le dejamos así —decían—, todos creerán en él, y vendrán los romanos y quitarán nuestro lugar y la nación». Esto era lo más grave, que aquel sedicioso provocara el fin de la nación judaica. Y entonces Caifás les dijo: «Vosotros no sabéis nada, ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación se pierda». Véase cómo interpreta Caifás el principio romano de *salus populi, suprema lex est*, confundiendo al pueblo con la nación.

Y el evangelista añade: «Mas esto no lo dijo de sí mismo; sino que como era el Sumo Pontífice de aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación. Y no solamente por aquella nación, mas también para que juntase en uno los hijos de Dios que estaban derramados. Así que desde aquel día consultaban juntos de matarle».

Por antipatriota, tal y como entendían la patria aquellos *nacionales*, decidieron matarle. Y murió para juntar en uno a los hijos de Dios que estaban, y aún siguen estando derramados.

El curso del progreso es el curso de la cristianización de los pueblos. En las ondas de su flujo redentor acabarán por ahogarse las naciones, hijas de la ciudad pagana, cimentadas sobre la guerra y el proteccionismo. Entretanto nos toca repetir: ¡Venga a nos el tu reino!, el reino de la paz y la justicia y del gozo en el Espíritu.

Miguel de UNAMUNO

(16 junio 1900)

8

O MORIR O SER MUERTO

Sin embargo es inevitable, los médicos propenden a uno de estos dos extremos: o dejar morir al paciente por temor a matarle, o matarle por temor de que se *les* muera. Y fíjense ustedes en que subrayo el *les*, yo que soy de los que no subrayan, porque si a ello fuera tendría que mandar que compongan mis artículos en letra cursiva, tan intencionado soy. O todo o nada; tal es mi regla en esto de los subrayamientos. Y si ahora la derogo es tan sólo para confirmarla con una excepción.

Hay médicos, en efecto, que todo son precauciones y temores y pusilanimidades. Que no le de el aire al paciente, evitando sus corrientes y correspondencias, que no ande al sol, que se abrigue bien, que no cometa imprudencia alguna, y nada de procedimientos enérgicos ni de medicación heroica, porque esas son precipitaciones de jóvenes inexpertos. A esto último hay que hacer notar que según el principio de dualidad, tan fecundo en geometría —y ¡qué no es geometría!—, la proposición de que la vejez da experiencia, trae como correlativa esta otra: la experiencia se avieja.

Conocí un pobre enfermo, por lo tanto, que se murió de falta de aire, de luz y de movimiento. El médico temía matarle si le medicinaba con vigor, y todo se le volvía agua de malvas, cerato simple y pastillas de goma elástica. Cuando le administraba algún compuesto de esos que levantan roncha, era un escrúpulo diluido en un tonel de agua. Por miedo a matarle dejó morir al enfermo. Era un médico conservador.

Otros hay que, a pesar de eso, llenos de fe en su propia ciencia o en su propia ignorancia, que para el caso de que tratamos es igual, acuden al punto a remedios heroicos, pronunciando que hay que tentar un último esfuerzo, a vida o muerte. Son, como dicen algunos distinguidos charlatanes de plazuela, de los que le cortarían a uno la cabeza para curarle de la jaqueca, en vez de cortarle la jaqueca para curarle de la cabeza. (Aquí vuelve el principio de dualidad). Por temor a que el enfermo se les muera, le matan. Estos son médicos revolucionarios.

He aquí, por el contrario, por qué digo que los médicos propenden, y por fuerza han de propender, a uno de estos dos extremos: o dejar morir al enfermo por temor a matarle, o matarle por temor de que se les muera. (Insistir en subrayar sería llamarle torpe al lector).

Fían los conservadores en la *virtus medicatrix naturae*, dejando que obre la naturaleza. Pero hay que tener en cuenta que la naturaleza cuando obra al natural es de fiar, pero no cuando lo hace por prescripción facultativa. Es muy vengativa, sin embargo, y basta que el médico la recete para que se convierta en droga de la peor farmacopea, haciendo una de las suyas. Y así suele salir ello, como Dios quiere.

Ruego aquí, en efecto, al lector piadoso que se pare en el curiosísimo dato —porque es un dato, no cabe duda— de que el casticísimo giro de «salir algo como Dios quiere» (lo pongo entre comillas por no subrayarlo) significa en castellano corriente y moliente salir mal algo, luego... y no vayamos a aquella expresión, tan profundamente panteística de «todo Dios sabe...» verbi gracia. ¡Oh, el lenguaje tapa muchas ideas!

Los médicos revolucionarios, por consiguiente, fían en el poder de la ciencia, y hace esta infeliz una barrabasada. Y así vivimos todos sometidos a este dilema desde que Adán pecó y Caín curó a Abel de la vida: o nos dejan morir o nos matan. No hay escape, o me muero o me matan, proposición que cabe convertirla en esta otra: o me mato o me mueren. Porque hay muchos, en cambio, que se suicidan porque no les mueran sus prójimos.

Cierto que entre esos dos extremos está el tan ponderado término medio, en el que dicen que consiste la virtud, pero siendo como es esta virtud mediana, como el péndulo, oscilante, no hay que fiarse mucho de ella. El médico oportunista o evolucionista, el del justo medio, una vez tira a matar para que el enfermo no se le muera, y a renglón seguido tira a dejarle morir por no matarle, es el suyo un sistema ecléctico que entrevera los otros dos, o sincrético que los funde. Es decir, que a la vez que le deja morir le mata.

Y la verdad es que con unas y otras cosas, entre médicos conservadores que nada quieren violento ni precipitado, médicos revolucionarios que lo cortan todo por lo sano y sólo esperan de los heroicos sacrificios, y médicos oportunistas que conservan la violencia y violentan la conservación, no sabe uno a qué carta quedarse. Porque inmortal no hay más que el cangrejo, según Papamoscas.

«Y bien —dirá el cándido lector al leer todo esto—, ¿qué es lo que con tanta elucubración nos aconsejas?» Que puesto que nos han de dejar morir o han de matarnos los médicos, nos muramos sencillamente, sin complicidad ajena, a la buena de Dios. Que se muera cada uno, cuando le llegue su hora, por sí y ante sí, espontáneamente, y si puede ser a gusto, miel sobre hojuelas. Porque tan mal es que le mueran a uno como que él se mate.

A pesar de todo no faltará lector avisado que teniendo en cuenta mi nunca desmentida seriedad y la sustancia de que dicen que relleno mis escritos, se dirá al leer éste: «¿Qué es lo que quiere decir con todo esto? Porque aquí hay un simbolismo, no cabe duda. Unamuno es un simbolista. A mi largo entender nos ha querido decir aquí una vieja verdad hoy muy en boga: que el mejor gobierno es ninguno. Puesto que nos hemos de morir tarde o temprano, murámonos sencillamente».

Puede ser, puede muy bien ser que haya sido eso lo que he querido decir, si es que he querido decir algo. Lo pensaré.

Miguel de UNAMUNO

(3 julio 1900)

9

RELIGIÓN Y PATRIA

Leo en *El Imparcial* este telegrama:

Salisbury y los misioneros

El jefe del gobierno, en un discurso pronunciado en la Asociación de misioneros de ExetarHall, ha dicho que los misioneros no son populares y que los mártires de los antiguos tiempos no ejercían sobre los acontecimientos la misma influencia que los mártires de hoy, los cuales al dirigirse al cónsul hacen suponer que las intenciones del misionero no son puramente religiosas.

«El proverbio árabe dice que el misionero llega primero, va después el cónsul y luego el general».

Las matanzas de cristianos no son debidas únicamente al odio de los chinos a la religión, hacia la cual aquéllos se muestran muy indiferentes, sino más bien a la creencia de que los trabajos de los misioneros son medios que emplean los gobiernos para sus fines.

Ha terminado Salisbury excitando a los misioneros a evitar todo lo que resulte violento para las demás religiones.—*Fitzmoore*.

Acabo de leerlo y me digo: «El viejo *tory* es astuto de veras y sabe ver claro».

Tiene razón, «las matanzas de cristianos no son debidas únicamente al odio de los chinos a la religión, *hacia la cual aquéllos se muestran muy indiferentes*, sino más bien a la creencia de que los trabajos de los misioneros son medios que emplean los gobiernos para sus fines». Vale la pena de repetirlo.

No se puede servir a la vez a dos señores, y el que vaya a un país como misionero apostólico diciendo que va a ganar almas para el cielo, no puede ir a la vez de representante de una nación a ganarla súbditos.

Uno de los pecados de nuestros frailes en Filipinas fue el de empeñarse en ser patriotas y en españolizar aquello a la vez que cristianizarlo, hasta cuando una y otra labor se excluyesen. En esto los han superado los jesuitas, a quienes se les ha *acusado* de antipatriotas. De muchas cosas puede acusarse a los jesuitas, pero de su indiferencia frente al patriotismo no se puede en rigor acusarles, es una de las pocas cosas en que se mantienen en elevadas miras. En cambio se elogió mucho a los frailes belicosos que pelearon por la patria, y lo cierto es que hicieron mal: el fraile debe dejarse matar sin resistir al mal, y el patriotismo es en él algo terreno y mundano de que debe purificarse.

Hubieran cumplido con su deber los frailes en Filipinas si hubiesen logrado que el indio les cobrara afecto, aunque odiase el dominio español, y que al sacudirse de éste siguiera adherido a sus pastores espirituales. El fraile, si ha de creer con arreglo a la doctrina que predica, creerá que su misión es más honda y más duradera que la de las patrias todas.

Unir la religión a la patria es paganizarla; llevar la cruz con la espada es lo más anticristiano que cabe. No hay mayor blasfemia que la que representa la cruz de la espada. Puro paganismo es bendecir las banderas que han de guiar a los soldados al combate, puro paganismo elevar a los altares a matadores de hombres. Defiéndase y excútese la guerra y búsquensela toda clase de justificaciones, pero eso de cubrirla con manto religioso es la blasfemia más monstruosa.

Cuando de la Reconquista se habla, mézclase patria y religión. Fue aquel un combate naturalísimo, una lucha por la tierra, una pelea de razas, pero de cristiano no tuvo nada. Lo cristiano hubiera sido no expulsar a los moros por la fuerza, sino tratar de convertirlos pacíficamente y con blandura, y sufrir resignados sus ultrajes. Los que se quedaron en las tierras conquistadas, los muzárabes, mostraron en ello más espíritu cristiano que los que se refugiaron en las montañas de Asturias y León. Cierto es que aquéllos serían pecheros, pobres colonos, siervos, proletarios, en fin, y los otros los señores desposeídos de... lo ajeno.

La confusión entre el espíritu cristiano, que es abnegación, resignación, no resistencia al mal, paz, eterno anhelo a la patria celeste, y el espíritu caba-

llesco, patriótico y militar, no ha conducido más que a estropear uno y otro espíritu.

El código del honor hace junto al sermón de la montaña el mismo papel que un par de pistolas al cinto de un Cristo. Podrá uno creer lo que quiera respecto al llamado sentimiento del honor, pero de cristiano nada tiene.

¿Hay modo de concertarlos?

Tal ha sido y sigue siendo en lo hondo la labor de los siglos de historia que al Cristo han sucedido; el trabajoso y lento proceso por aunar y concertar los dos contrarios que vivifican a los pueblos modernos: el espíritu cristiano y el pagano, la abnegación cristiana y el honor caballeresco, la cruz y la espada, la religión y la patria. ¡Eterna antinomia, cuyo juego de contradicciones engendra la vida íntima de los pueblos modernos! ¿Se resolverá?

Hay quien cree que acabarán por concertarse ambos opuestos elementos, hay quien cree que en su equilibrio y mutua oscilación está la vida, hay quien cree que acabará por triunfar uno de ellos. Y tales creencias arrancan, más que del estudio y convicción lógica, de la especial idiosincrasia y del temple de cada cual. Unos sienten el ideal aristocrático, el democrático otros; éste siente sus deberes, sus derechos aquél; el uno está por el honor y se propone ser héroe, el otro por el sacrificio y tiende a santo. Cuestión de sangre.

Por mi parte, aunque a nadie le importe saberlo, odio la espada, aborrezco con toda mi alma el espíritu militar y me repugna lo que llaman honor los caballeros.

Miguel de UNAMUNO

(5 julio 1900)

10

MEJOR INTERESES QUE «IDEAS»

Dionisio Pérez, basta leerle, ha sido un aventajadísimo discípulo de la vida; se ha formado viviendo, lo que por autonomasia llamamos viviendo, luchando a brazo partido, dejándose empapar de la realidad palpitante. Es uno de nuestros escritores menos librescos, y por eso me gusta; encuentro en él frescura, audacia, verdor. Dice que ha hecho vida andariega, y bien se le conoce. Me recuerda a aquellos de nuestros escritores del siglo XVII que después de haber rodado mundo y pasado por toda clase de vicisitudes, contaban a la buena de Dios sus aventuras. ¿Por qué no remozca la vieja y castiza novela castellana?

En un artículo titulado *¡Ni de Strauss!* e inserto en estas columnas, toma Dionisio Pérez en cuenta el que con el título de *¡De Strauss!* aquí publiqué, y me hace algunas observaciones que creo atinadas. Paréceme que tiene él razón

y que yo también la tengo y que ninguno de los dos la tenemos. Desde luego que podríamos venir pronto a común acuerdo.

Mi artículo *¡De Strauss!* era una acción más de la campaña que contra la ideocracia —la tiranía de las ideas— tengo desde hace algún tiempo emprendida.

A ella responden mis «Tres ensayos», obrita en que he definido mi posición a tal respecto. Y en ella insisto, consisto, resisto y persisto.

Díceme Dionisio Pérez, que conoce bien la corte y los cortijos nacionales, que esa campaña es otra que tal como las de Don Quijote. «Molinos de viento, yangüeses, comediantes y muchos bachilleros Sansón Carrasco, disfrazados ora de Caballeros de los Espejos, ora de la Luna, serían los enemigos a quienes tendríamos que acometer, derribar y vencer en combates tan desafortados como infructuosos», me dice. Acepto la comparación. Sí, hay que acometer a molinos de viento y derribarlos, porque los más de nuestros ideales son molinos y molinos de viento que nada muelen, porque como no sopla viento alguno se están parados; hay que acometer a comediantes y hay que derribar sobre todo a Sansón Carrasco. Que fueran infructuosos aquellos combates de Don Quijote no lo creo; téngolos, antes bien, por fructuosísimos. Mas esto lo dejo para cuando publique mis *Meditaciones sobre el Quijote*.

Ya se que mi ensayo «La ideocracia», y en general cuanto contra la tiranía de las ideas llevo escrito, ha causado extrañeza en unos y escándalo en otros. Tal vez deba acusarme de no haber definido bien lo que por *idea* entiendo y lo que son las que Spencer llama *pseudoideas*, y haberme metido en una disertación psicológica respecto a las ideas. Acaso hubiera hecho mejor en llamarlas *concepto*. Porque es eso, lo que llamamos concepto, la especie intelectual formulable y definible, construída lógicamente, la que se sujeta a esquemas, el producto mental transmitible, lo que creo peligroso cuando lo erigimos en ídolo. Nada más pernicioso que el jacobino, el que intenta ajustar la sociedad o la vida a un patrón trazado en sus partes todas. Son temibles los hombres que quieren hacer vida deductiva, ajustándola a principios abstractos de orden puramente intelectual, a dogmas; son temibles los que forjan una imagen de una sociedad futura, construída imaginativamente, aunque invoquen la ciencia, y quieren que la realidad se moldee a ella; son temibles los sectarios todos.

Díceme Dionisio Pérez que apenas hay en la nación quien tenga ideas, especule con ellas y las corrija, mude, trastrueque, amplíe, eslabone, etc. Cierto, y por eso, por haber tan pocas ideas es por lo que la ideocracia impera, porque cuantas menos ideas más tiránicas éstas. Y si él ha hecho vida andariega y conoce la corte y los cortijos nacionales, tampoco yo me he estado siempre metido en mi biblioteca ni he dejado de correr tierras y de tratar con gentes. Y, por mi parte, casi siempre encuentro debajo de todo español un jacobino, adherido como la lapa a la roca a una o dos ideas rocosas, duras, inmutables. Y por ahí se ha acabado en adherirse a nombres de ideas; es lo natural.

Ahora anda por ahí una secta que proclama un nuevo ideal, y es como todas, ferozmente ideocrática. Sus adeptos poseen unas cuantas ideas, pocas y

pobres, escuotas, esquinosas, enormemente simples, sin matiz alguno, y se aferran a ellas y no hay modo de que vean la realidad, la realidad rica en antinomias y antítesis, proteica, multiforme, indefinida, de infinita complejidad. Son incapaces de ascender al noble, profundo, vigoroso y fecundante *escepticismo*, tomado este vocablo en su acepción primitiva. (*Escéptico* es el que inquiere e investiga, consciente de que por cada problema que se resuelve surgen tres o cuatro nuevos; consciente de la relatividad de todo conocimiento, de que todo error es subjetivo. Lo contrario del *escéptico* es el *dogmático*).

Pero lo que en realidad niega Dionisio Pérez es que seamos ideócratas, afirmando que no ideas, buenas o malas, amplias o estrechas, pobres o ricas, sino intereses egoístas nos guían. No niego que, por fortuna, algo de eso empieza a ocurrir; pero estamos muy lejos, por desgracia, de sustituir a las ideas con intereses. Porque el interés depurado, elevado y sublimado es algo más humano que la idea convertida en ideal.

¿Ideal? Nuestro ideal debe ser la realidad misma; no hacer algo contrario a lo que hacemos, sino hacer lo ordinario y cotidiano con toda nuestra alma y todas nuestras potencias y sentidos. ¿Ideal? No una sociedad futura, sino la misma sociedad presente sentida con alma. Cumplir la ley con alma y corazón es el mejor modo de sacudirse de ella.

¿Originalidad? La más honda ha de hallarse en repensar los viejos lugares comunes. (Es la de Tolstoi).

Malo debe ser pensar «con la desconocida entraña repugnante donde se engendra el egoísmo»; pero no es mejor pensar con sólo el cerebro. Prefiero que me aplique el prójimo su egoísmo a no que me aplique una idea lógica, un concepto formulable; con él puedo tratar, con éste no. Y después de todo, ¿hay egoísmo más feroz que el de pretender acomodar las cosas a *mi* idea, ajustarlas a *mi* concepción?

Pero esto va largo y es inacabable. Dispénseme, pues, el amigo Dionisio Pérez que lo deje aquí por hoy, y digo *por hoy*, porque sus observaciones merecen que se las tenga muy en cuenta.

Miguel de UNAMUNO

(8 julio 1900)

SOBERBIA MORUNA

Háblase mucho de lo insoportable de la soberbia del inglés, que teniéndose por parte de un pueblo *over civilized*, sobre civilizado, mira a los demás por encima del hombro, lleno de desprecio. Hay quien no soporta que por

ser Inglaterra, como nación, más culta y adelantada que Portugal, el más bruto de los ingleses se crea superior al más inteligente y culto de los portugueses. El orgullo británico es un tópico que da mucho juego.

Cierto es que se hace inaguantable la soberbia británica, tan poco justificada como cualquier otra soberbia; pero, ¿dónde dejamos la del marroquí?

El moro desprecia profundamente al perro cristiano, al europeo, como le desprecia, el chino. Nos desprecian; tal es la palabra. Ven sí, que en ciertas artes exteriores, en industrias útiles y otras fruslerías les superamos; pero eso es cosa de monos sabios. Tienen la profunda convicción de que en lo hondo, en lo esencial, en lo que constituye el meollo y nervio de la vida, en el modo de entender ésta y de gozarla, nos superan con mucho.

Riense allá para sus adentros de nuestra ciencia, de nuestro arte, de nuestros anhelos e ideales. No hemos llegado aún a su profunda sabiduría, a la filosofía con que toman la vida. Vivimos muy de prisa y muy esclavos del negocio.

Es en general mucho más honda y más firme la soberbia de la ignorancia y de la incultura que la de la ciencia y la cultura.

El espíritu limitado y estrecho que no llega a la comprensión o al goce de ciertas manifestaciones espirituales, repútalas embolismo, y cree en su interior que los que aseguran gustar de ellas son unos solemnes hipócritas, que por echárselas de espíritus superiores fingen desdeñar lo que la sana vulgaridad exalta y deleitarse con lo reñido con el común sentir. Así juzgaban a los wagnerianos los que se recreaban con la jota de los ratas, y así juzgan los admiradores de Ibsen los que encuentran algo en los más de nuestros dramas.

Yo no encuentro nada comparable a la moruna soberbia de los *congrios*, reflejada en la sonrisa con que dicen: «eso es demasiado sublime para mí... no estoy preparado para tales esquisiteces...» u otra cosa por el estilo.

Hace poco leí en el *Mercure de France* un artículo de Jacobo Mesnil sobre «El fenómeno Lombroso», y en él denunciaba la verdadera causa del éxito del famoso charlatán. No ha sido otra que la satisfacción que ha dado a los *congrios* todos, henchidos de moruna soberbia, al declararlos los únicos hombres sanos y normales, dejando a los genios entre los locos. «El genio es locura», proclamó el famoso *matoide*, y al oírse lo exclamaron los *congrios*: «¡pobrecitos genios!», y se sintieron llenos de sí mismos y de su *congriez*.

Las mismas enfermedades espirituales que los individuos, padecen los pueblos. Recuerde el lector cuanto aquí se decía acerca de los yankis, de su ordinariedad, de su falta de gusto y de idealismo, de su mercachiflería, de sus extravagancias y manías, de su sed de dólares, de su grosería, y piense si no somos un pueblo corroído de moruna soberbia —no curada a pesar del último batacazo— y si no merecimos por ella la soberana paliza que nos administró la Providencia.

Miguel de UNAMUNO

(26 julio 1900)

EL CULTO A LA POSTERIDAD

Dícennos que la cultura china se asienta sobre el culto a los antepasados. Así se comprende su estallido contra los pueblos nuevos que van a turbar con el estrépito de sus ferrocarriles el sueño de sus muertos. Porque China es un vasto cementerio, y en ella se aprietan y se apiñan los vivos para dejar sitio a los muertos. Por donde quiera se alzan allí sepulturas.

Y nosotros, ¿no vamos al chinismo? ¿No rendimos también culto a los muertos en vez de rendirlo a los todavía no nacidos? ¿No nos preocupamos de la sepultura más que de la cuna?

Son muy pocos los cristianos que han comprendido todo el alcance y el sentido todo de aquellas palabras del Cristo: «dejad que los muertos entierren a sus muertos».

Se habla, se escribe y se discute mucho del problema, o como otros le llaman, del misterio de la muerte; pero del misterio del nacimiento, ¿se habla tanto?

Yo soy, lo confieso, uno de los que más se preocupan del problema de la muerte y del más allá; me lo han echado en cara, hánme dicho que constituye eso para mí una verdadera obsesión que tiñe casi todos mis escritos. Pero nunca olvido lo que me dijo un amigo médico y muy notable publicista una de las veces que de ello le hablaba: «Usted que tanto se preocupa de lo que pueda ser de su conciencia después que usted muera, ¿ha pensado alguna vez en lo que fue de ella antes que usted naciera? Piense en esto, y al poder mirar con calma aquella inconciencia, aprenderá a mirar calmoso la futura».

No he olvidado la advertencia, sólo que la he tomado en muy diverso sentido del que le dió quien me la hizo. Sí, ¿qué era yo antes que naciese?

No es una paradoja, no; es algo que encierra muy hondo sentido. ¿Qué era yo antes de que naciese? Porque mi conciencia, o por lo menos sus elementos, estaban difundidos en la sociedad de que broté. El hombre es un producto social.

El presente es hijo del pasado y padre del porvenir, se ha dicho. Yo diría más bien que es el esfuerzo del pasado por hacerse porvenir.

¿Nos preocupamos bastante acaso de los que han de venir? ¿Nos preparamos a recibirlos? ¿Nos educamos para padres? ¿Rendimos culto a la posteridad, o mejor dicho, a la *futuridad*?

En China, donde es lo vivo el culto a los muertos antepasados, la educación es una cosa muerta, mecánica, rutinaria, un verdadero horror de educación, la mandarinocracia. Y nuestra educación, que tanto tiene de chinesca, ¿no arranca de alguna especie de culto a los antepasados?

¿No tes has dicho nunca esto: si volviera a nacer otra cosa sería?... Pues hazte cuenta que has vuelto a nacer en tus hijos, y cuida que sea de ellos otra cosa que de ti fue.

No puede decirse que un pueblo ha llegado a verdadera cultura sana mientras no sea su mayor preocupación el modo de educar a sus hijos, mientras no sustituya el culto a los muertos con el culto a los vivos, con el culto a los que han de nacer.

Cada cual es hijo de sus obras, reza un proverbio español. Y ¿por qué no hemos de decir que es cada cual hijo de sus hijos?

El niño estorba en casa... ¡a la escuela! Y se le envía a la escuela, no para que se eduque, precisamente, sino para que no estorbe en casa. ¡Para que no estorbe en casa! ¿Has pensado alguna vez en lo que esto significa? ¡Estorbar el niño en casa! ¡Estorbar en casa, cuando ésta debía ser el templo del niño!

No es la historia la obra de la emancipación de la humanidad, se ha dicho, sino la de su educación. ¿Es que cabe emanciparse más que por la educación?

Y ahora considerad el trabajo que en España se consume para mantener ejército, sacerdocio del culto a los muertos antepasados, a lo que fue, a las glorias tradicionales, y lo que se consume para mantener magisterio, y ved si no vamos a una China, con sus boxeadores (boxers) y todo.

Miguel de UNAMUNO

(30 julio 1900)

13

UN SUCESO TÍPICO

No hace mucho me escribió un profesor alemán interesándome para que le ayudase en un trabajo que iba a emprender. Trataba de publicar una nueva edición, una edición crítica de las cartas de Sinesio, obispo de Cirene, escritor del siglo III al IV. Y como en la biblioteca de esta Universidad de Salamanca hay códices manuscritos de las tales curiosísimas cartas, me rogaba que revisara los tales códices griegos cotejándolos con la edición corriente (la que suele llamarse *vulgata*) y anotando las variantes. Hay que hacer notar que la Academia de Ciencias de Munich le ayuda con un subsidio, cosa que por aquí no se conoce.

Indicábame que eran dos los códices y que revisara los dos. Acudí a la biblioteca, vimos el índice de manuscritos y no aparecía más que un códice de las tales cartas, el numerado 1-2-18. Le escribí diciéndole que no había más que uno, y me replicó que había dos, ése y el numerado 1-2-7, apoyándose en lo que un Sr. Martín escribió en los *Nouvelles archives des missions scientifiques* acerca de los manuscritos griegos de España y Portugal. Pedí el códice 1-2-7, y me encontré con que contenía los discursos de Demóstenes, y sin ulterior requisa me puse a trabajar en el códice 1-2-18, diciéndome: le han engañado al buen profesor.

Pero como el bueno del profesor alemán me dijera que el tal Martín (o Martinus, como él le llama) había descrito *diligentissime* el tal códice, y me pidiese le indicara hasta qué folio llegaba lo de Demóstenes y dónde empezaba lo de Sinesio, revisé despacio el códice, y, en efecto, hallé en él, hacia el fin, lo que el alemán quería.

Y me enteré así de que hay por ahí fuera quien sabe mejor que nosotros lo que tenemos en nuestra propia casa, y que los catálogos que de nuestras bibliotecas poseen son más perfectos que los mismos catálogos oficiales de ellas. El suceso es típico.

Ya antes de ahora había oído decir que de no se qué clase de manuscritos de alguna de nuestras bibliotecas, creo que del Escorial, el único catálogo bueno era el que hizo un investigador extranjero.

Nada me extrañaría que en las oficinas de guerra de países extranjeros hubiese planos de nuestras plazas fuertes más perfectos y exactos que los que posea nuestro Estado Mayor, y que dispongan de mapas militares de España superiores a los que puedan aquí ponerse en manos de nuestros oficiales. Y, si me apuran mucho, casi creeré que antes que en nuestro ministerio de Hacienda, obtendrán un catastro de nuestra riqueza en cualquier oficina montada *ad hoc* en Francia o Inglaterra.

El suceso, repito, es típico y demuestra hasta qué punto llevamos la incuria de lo propio.

En España está por catalogar casi todo. Sin duda para remediarlo han ordenado ahora que se haga el *Catálogo monumental*, o sea, por si no lo han entendido ustedes, el catálogo de los monumentos declarados nacionales.

Biblioteca pública conozco en que de unos 100.000 volúmenes no están catalogados más que unos 60.000, y para eso las más de las papeletas están en paquetes, bien guardaditas en cajones, porque no caben en la caja del índice y no hay medio de que hagan otra. No hay consignación para una caja-mesa que cualquier carpintero haría por diez o doce duros, porque casi todo lo del material se lo lleva la calefacción. Y hay además volúmenes por los suelos y hacinados sobre los estantes, porque no los hay suficientes. Da pena ver aquello.

Y así andamos.

Cierto es que somos muy ricos, pero no es menos cierto que no sabemos lo ricos que somos, ni mucho menos aprovecharnos de nuestra riqueza. Y se da el caso de que venga alguien de fuera a descubrirnos nuestras propias joyas. Y menos mal. Porque se da el caso de que hagamos lo del perro del hortelano. A cuyo propósito he de contar otro día cómo en alguna cosa nos las arreglamos para que ya que nosotros no podamos aprovecharla tampoco la aprovechen los demás.

Miguel de UNAMUNO

(20 agosto 1900)

¡OMNE MIRARI!

Conocido es el aforismo del antiguo estoico: *nihil mirari!*, ¡no admirarse de nada! Hay que pasar indiferente junto a los espectáculos todos que la naturaleza, la vida y el arte nos ofrecen, superior a ellos, con aire como de quien está en el secreto.

Cuéntase de Posada Herrera que estando en cierta ocasión en Roma entró en la Basílica de San Pedro, y se olvidó descubrirse, o no quiso hacerlo.

Al poco rato llegó un pertiguero o cosa así (porque aunque he estado en San Pedro de Roma no se si llevan o no pértiga), advirtiéndole que se descubriera, invitación que desatendió Posada Herrera. Al cabo de algún rato se le acercó un emisario de su eminencia tal o cual rogándole de nuevo que se descubriera, a lo que contestó el marrullero asturiano: Dígale a su eminencia que estoy en el secreto.

En el secreto parece que están los que ante nada ni ante nadie se descubren.

Y, sin embargo, ¡qué hermoso es andar descubierto siempre y vivir en perfecta admiración! Sólo el que de veras admira a un genio participa de su gloria.

¡Omne mirari! ¡admirarlo todo! tal debería ser nuestra divisa. ¡Admirarlo todo, porque todo es admirable! Todo es, sí, admirable, *miraculus*, milagro; todo es en el mundo milagroso, así como es misterioso todo. No es que unos fenómenos sean milagrosos y otros no, es que lo son todos.

Nada refresca más el alma que el contacto íntimo y frecuente con los niños, cuya alma está abierta siempre a la admiración. Por mi parte se que suelo volver con el espíritu aireado de cada paseo que con mis dos hijos mayores doy.

Las nociones de tamaño, de grandeza, de duración y de fuerza son las que más se imponen a la atención de los niños. Su preocupación es saber quién puede más, si el elefante o la ballena, quién es más grande, qué pueblo está más lejos.

Sienten una vaga atracción al infinito. Hay que ver a un niño cuando extendiendo el brazo y semi-cerrando los ojos dice: «está muy lejos, muy lejos, muy lejos, muy lejos...» o bien: «a millones de millones de millones de millones de leguas».

Han dado en decir que la actual Exposición de París ha sido un fracaso que apenas ofrece interés alguno, que no es más que una inmensa feria con atracciones para los pobres provincianos más o menos isidros, y es cosa que da entre risa y grima oír a un pobre diablo que viene de París y que nunca las vió tan gordas repetirnos con aire displicente que aquello es un fiasco. El pobrete no quiere que le tomen de primo.

Decía un amigo mío que nadie le desorientaba tanto como aquel que de todo se admiraba y ante todo prorrumplía en himnos y alabanzas, porque le

parecía que por nada en realidad sentía admiración. Yo no sé si lo que voy a decir será hegelianizar en exceso, pero siempre me ha parecido que la forma más perfecta, y como el coronamiento del *¡nihil mirari!*, es el *¡omnia mirari!*

El mejor modo de no admirarse de nada es admirarse de todo, es igualarlo todo ante la admiración. Pero en el fondo son enteramente diversos uno y otro estado de ánimo. Es la diferencia que va de entregarnos al mundo a que el mundo se nos entregue.

Siempre que se me ha propuesto la antiquísima, archi-resobada y a mi entender de ordinario mal planteada cuestión de la posibilidad del milagro, he sacado de quicio a mi interlocutor, irritándole a las veces, con esta observación: «estoy dispuesto a oír por vez milésima oncena cuanto acerca de la posibilidad del milagro quiera usted repetirme, pero le advierto que muy lejos de negar yo los milagros, sostengo, por el contrario, que no hay fenómeno alguno que no sea milagroso, y que esos que usted llama milagros no lo son más que los otros ni de distinta especie». Así me evito el que me vengan con la monserga de las leyes de la naturaleza y del «orden que en las cosas se guarda comunmente». Eso sí, no me libro que en tono despectivo y a manera de mote me llamen *idealista*, y cuando al llamarme al poco rato *materialista* me encoja de hombros diciendo: ¡todo es igual!, me sueltan al punto aquello de: su cabeza de usted es una olla de grillos.

¡Oh!, los grillos, los queridos grillos de la olla de mi cabeza, que así que sale el sol se ponen a cantarle un himno! Porque son unos grillos musicales que cantan a compás y a coro, y que me enseñan a que admirándome de todo, no reserve mi admiración para los milagros de ninguna clase.

Miguel de UNAMUNO

(31 agosto 1900)

EL LIBRO EN EL PERIÓDICO

En un artículo de fondo de *El Imparcial* se decía hace tiempo lo que sigue:

«Por desdicha, en España, el libro alcanza muy escaso radio de acción. ¡Gracias si se lee el periódico! Las bibliografías no bastan a despertar la curiosidad de la gente. Algo más se consigue con citar el texto en un artículo político».

No se hasta qué punto sean justificadas las quejas de los que componen libros, pero lo que sí se es que los más de los que en España se publican son colecciones de artículos publicados antes ya en la prensa periódica y de ella recogidos.

En cuanto a eso de que las bibliografías no bastan a despertar la curiosidad de la gente, hay que advertir que las tales bibliografías suelen ser de lo más desdichado que cabe, una serie de gacetillas de compromiso, hecho por lo común por un cualquiera para salir del paso, cuando la noticia bibliográfica no es del autor mismo o de uno de sus amigos. Apenas se dedica en nuestra prensa periódica atención a un libro, como no sea éste de algún periodista de oficio, y entonces por compañerismo.

En verdad, que la cosa es, bien mirada, muy natural. La prensa periódica diaria dedícase sobre todo y ante todo a la actualidad, y un libro no debe ser de actualidad si ha de tener valor hondo. La prensa recoge *sucesos*, lo que pasa y se hunde en el pasado, y el libro debe aspirar a ser un *hecho*, lo que queda. Si en tiempo de Cervantes hubiese habido periódicos en España, es seguro que habrían dedicado a los mil sucesos hoy por completo olvidados mucho más espacio y mucha más atención que a la aparición del Quijote.

Pero es triste de todos modos la enorme lentitud con que se difunde por España la simple noticia de la aparición de un libro notable.

Otra cosa hay de cuya justificación nunca he podido darme entera cuenta, y es la desigualdad que resulta de que dedicándose tan poca atención, tan poco tiempo y tan poco espacio al juicio del nuevo libro, se dedique tanto al del último drama, comedia o sainete estrenados.

Cierto es que se toma la tal representación como un espectáculo, al igual de una corrida de toros, llegando a darse el caso de que haya semanarios dedicados a toros y teatros, que me ha parecido algo así como si se anunciase una revista de teología y veterinaria.

No pueden considerarse como artículos bibliográficos esas descuidadísimas gacetillas que en grupos de cuatro, cinco o seis publican de vez en cuando los diarios; pero tampoco pueden considerarse como tales los artículos críticos que con firmas conocidas publican los mismos diarios. Un artículo crítico es una cosa, y una nota bibliográfica es otra. El crítico suele aprovechar la ocasión para disertar por su propia cuenta sobre motivos del libro que examina o a propósito de él, y ocurre no pocas veces que después de haber escrito tres o cuatro columnas se queda el lector en ayunas respecto al libro criticado.

Hace tres años publiqué yo una novela histórica o cosa así, y varios escritores me hicieron el honor de ocuparse de ella, casi todos con elogio (aunque me esté mal el decirlo), haciendo resaltar lo que cada cual creía en ella más digno de atención; pero apenas hubo quien se detuviese en lo que yo creo hubiera interesado más al público ordinario, y es en hacerle saber que se trataba ante todo y sobre todo de un relato de la última guerra civil carlista, del sitio de Bilbao y los combates de Somorrostro muy en especial.

Claro está que las revistas son más adecuadas para extensos y bien trabajados artículos bibliográficos; pero tampoco se distinguen por ellos, si se exceptúa la *Revista crítica de historia y literaturas españolas, portuguesas e hispano-americanas*, que dirige Altamira. Los de ésta suelen ser verdaderos artículos

bibliográfico-críticos, razonados, y en que se pone precisa indicación del libro revistado, con su precio inclusive.

Cierto es también lo que el articulista de *El Imparcial* —el Sr. Troyano sin duda— afirmaba, y es que se consigue más despertar la curiosidad de la gente hacia un libro cualquiera citando textos suyos en un artículo político. Hay quien cree que de los diarios políticos lo que más se lee son los telegramas, y aun yo lo he creído por mucho tiempo; pero en vista de muchos y repetidos casos, he empezado a dudar de ello y a creer que lo que más leen los lectores de periódicos es el artículo de fondo del *suyo* cada uno. Es un encanto para las más de las personas el encontrarse con que cada mañana se les dice respecto al asunto político de actualidad lo mismo que ellas mismas se hubieran dicho, lo mismo que esperaban se les dijese.

Pero respecto a libros nuestro público es pasivo, toma el que le dan. Un librero que quiera dar salida a un libro, se la da encajándose a cada parroquiano que entre en su oficina, máxime en un país en que hay quien entra en una librería en busca de «un libro bonito para leerlo de viaje», y quien encarga a un librero que le ponga una biblioteca de seis, ocho o diez mil pesetas.

Miguel de UNAMUNO

(3 setiembre 1900)